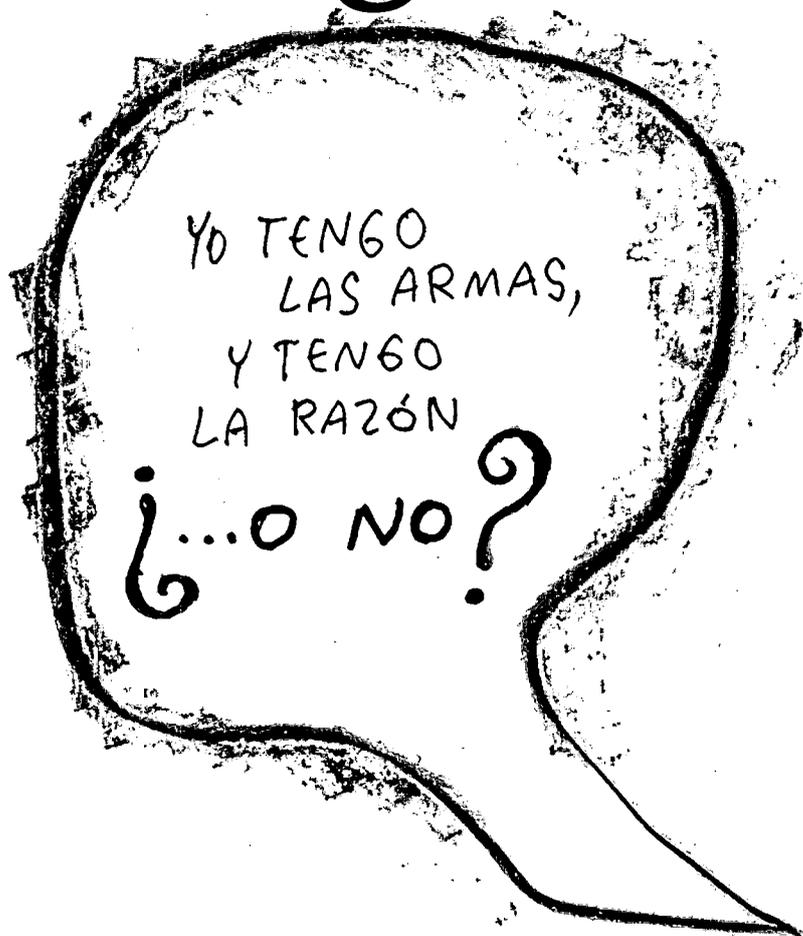
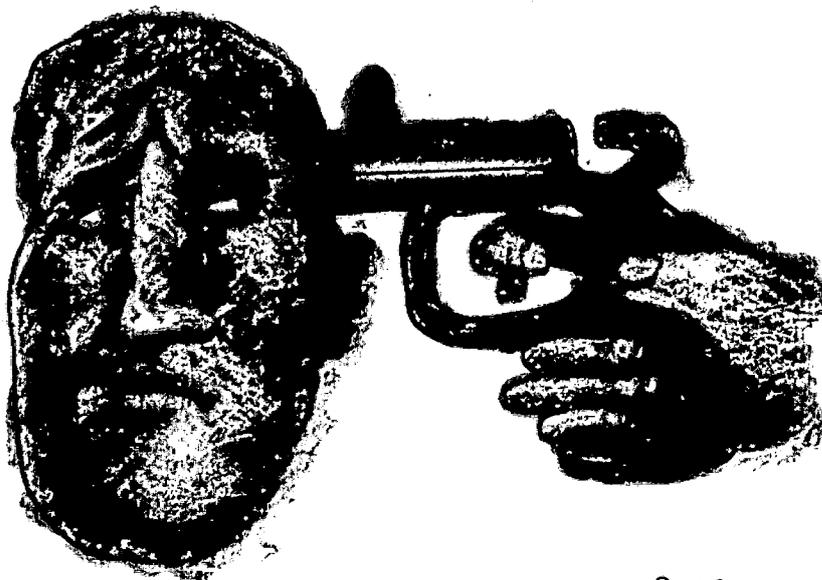


Traigan de vuelta a



En Venezuela está prohibido pensar. Acá lo que cuenta es ubicarse. El descalabro institucional ocasionado por la actual administración ha sacado a todos los actores de sus puestos naturales. Hoy en día el periodismo no es una profesión, es un puesto de combate; y la información no es un insumo para comprender lo que vivimos, sino un arma para hacer propaganda

■ **Alonso Moleiro**



ZAPATA

los periodistas (y al periodismo)

En Venezuela se han politizado las instituciones, el poder ciudadano y el poder moral, las discusiones académicas, los eventos culturales, el mundo militar, el poder judicial, y se ha politizado el periodismo. Los periodistas, que son los que denuncian que todo está politizado, parece que no se han dado cuenta. El oficio del periodismo en Venezuela, además de ser un ejercicio arriesgado e ingrato, -sometido a las presiones que se gestan en “los sórdidos meandros del poder” a los cuales hacía alusión José Vicente Rangel cuando estaba en la oposición- ha quedado completamente dislocado en cuanto a su naturaleza técnica.

En Venezuela no se puede pensar en voz alta. Los matices son sospechosos, están prohibidos. Concederle matices a un razonamiento es un símbolo de ambigüedad. Acá lo “inn” es escoger un bando. Los hechos tienen partido político. En este país ha desaparecido casi completamente la investigación desapasionada, el dato de rigor científico. El dato menos pensado, frígido y académico, le puede echar la fiesta a la más calenturienta de las proclamas. Todo está politizado: desde discusión sobre la reparación de la estatua de María Lionza hasta el tema de las reservas excedentarias. Darle la razón al adversario es un gesto de mala educación. No hace falta discutir; la razón tiene un bando antes de que alguien abra la boca. Está mandando la adrenalina. Quién se tome la molestia de leer la columna de opinión de algún analista político, podría adivinar qué es lo que va a decir antes de leerla.

Las noticias no son noticias. O mejor: lo son, pero cuando caen en la parcela deseada. Si una noticia de interés público - y por lo tanto de obligatoria difusión- favorece a la causa del enemigo, pues sen-

cillamente no se dice. O no se dice, o se le da una vuelta para que se vuelva útil, y entonces sí se dice. Es un error que han cometido casi todos los medios de comunicación importantes de este país, en especial los radioeléctricos, comenzando por el lamentable canal de todos los venezolanos, el canal 8.

El actual gobierno convirtió todas las esferas de interés público en una guerra de taquitos: aquí lo único que cuenta es cuan chavista o antichavista se es. No hay noticia, no hay dato, no hay evento, no hay reseña, reflexión o crónica que no demande una especie de certificado de compromiso militante.

La crisis política y el estado de anarquía promovidos desde el Palacio de Miraflores han distorsionado terriblemente la función y los fines del periodismo. Los venezolanos no consumen noticias para enterarse de lo que pasa, sino para engordar sus prejuicios, para fortalecer sus estados de emotividad con una oportuna inyección de hormonas, con ánimo de barra, con tono de “eso no importa, eso se repara”. Sobre todas las noticias recae un ejercicio de abstracción, un imperativo de naturaleza política, invocado como necesidad ulterior, que pervierte completamente las reglas del ejercicio informativo, una ciencia que, después de todo, tiene unos parámetros académicos y es enseñada por profesores dentro de unas universidades.

EL PERIODISTA COMO PERSONAJE PÚBLICO

Cuando estas preocupaciones han sido expuestas en público y en privado a otros periodistas, las reacciones encontradas han sido con frecuencia escandalosamen-

te superficiales. Es terriblemente cierto que muchos periodistas se creen intocables hasta cuando se equivocan. La primera, la más imbécil de todas, es preguntar si uno es chavista. En el diagrama mental que algunos tienen en la cabeza no hay otra cosa que un fuego cruzado, de manera que lo importante es determinar, no lo que uno dice, sino de dónde viene. Cualquier preocupación por los métodos, cualquier llamado de atención sobre la importancia del equilibrio informativo, sobre la necesidad de consultar todas las fuentes, de respetar los géneros periodísticos, de confirmar las noticias, de decir la verdad, aunque la verdad nos moleste, es vista como una especie fetiche intelectualoso y preciosista, una exquisitez florentina que no tiene cabida en la esencia de lo que la sociedad está debatiendo.

Como esa alcabala parece inevitable, quién suscribe éstas líneas no tiene ningún problema en mostrar sus documentos: pertenezco a la oposición y considero a este un gobierno impresentable. Además de sus pretensiones autoritarias, que son bastante evidentes, el gobierno de Hugo Chávez ha hecho todo lo posible por dinamitar el diálogo político, por minar la paciencia de los indiferentes, por colocar el conflicto en la agenda de todos los ciudadanos. Es el promotor de la anarquía y el creador de la crisis que estamos viviendo.

El detalle es que un razonamiento cabe dentro del otro. El papel de los periodistas no es proclamar a quiénes no les interesa su visión del desarrollo del mundo. Es posible pertenecer a la oposición, o tener la posición política que nuestras convicciones nos indiquen respetando los parámetros y principios rectores de este oficio. Montar ollas, colocar titulares apócrifos a conciencia, repetir una información infudada, no conceder la réplica, no pedir disculpas, son faltas muy graves a la ética profesional, tanto como si un psiquiatra se sentara a beber cerveza y a comentar en voz alta las confesiones de sus pacientes. Son errores que le hacen un enorme daño al ejercicio democrático que algunos dicen estar defendiendo.

En Venezuela se han dicho cosas insólitas en nombre de la defensa de la libertad. Acá se ha dicho, por ejemplo, que el soldado Pedrañez fue asesinado por agentes del G-2 cubano. Hace varios meses un periódico especializado y una columnista muy conocida deslizaron que el gobierno estaba involucrado en los atentados de Al-Qaeda en Madrid. Varios especialistas denunciaron simultáneamente una invasión de libios por Margarita y de guerrilleros

“
Los venezolanos no consumen noticias para enterarse de lo que pasa, sino para engordar sus prejuicios, para fortalecer sus estados de emotividad con una oportuna inyección de hormonas, con ánimo de barra, con tono de “eso no importa, eso se repara”
 ”

colombianos por los andes, integrantes de una fulana “Operación Tenaza”.

El año pasado se puso de moda la denuncia de una misteriosa nacionalización de chinos en el Registro Electoral, sobre la cual, súbitamente, no se dijo más nada. Hace dos años la prensa levantó una lamentable olla folletinesca con el asunto de los Comacates, unos fulanos militares alzados que anunciaban los detalles de un golpe de Estado por correspondencia. Los Comacates desaparecieron cuando dejaron de ser útiles. El año pasado se dijo que el Cura Calderón fue secuestrado por el gobierno, una denuncia que él mismo Calderón se encargó de desmentir cuando fue liberado. Se ha dicho que PDVSA está llena de cubanos, que los libios están en Barrio Adentro, que Osama Bin Laden es amigo de Chávez, que las FARC están en Caracas. Acá se invoca, de forma rambona e ignorante, la defensa de la democracia cuestionando las relaciones del gobierno con los países de la OPEP, se apela a troche y moche, sin saber qué es, el “eje de mal” que le prescribió George Bush al resto de la humanidad.

Al finalizar el paro, cuando el gobierno recuperó la producción petrolera y le anunció a sus clientes el fin de los motivos de “fuerza mayor” que impedían la venta del crudo en los mercados internacionales, los medios de comunicación no dijeron nada. De eso nos enteramos por una cadena. El fanatismo y la promoción de supercherías le han hecho un flaco servicio a la causa de la oposición, y ahí es-

tá ese bolsón sebáceo que llaman los niños para atestiguarlo.

LOS ETERNOS DILEMAS DEL PERIODISMO LOCAL

Es lícito, es saludable, es necesario que a través de los medios de comunicación nos enteremos de los desmanes administrativos del gobierno; de los muertos y los torturados del primero de marzo, en plenas “guarimbas”; del insólito atropello en contra de Henríque Capriles Radonski y Carlos Melo; de la arremetida en contra de María Corina Machado; de la cobarde agresión de la que han sido objeto periodistas y medios de comunicación; de las invasiones, de la anarquía, de la ineficiencia, del estado de putrefacción de nuestro patrimonio urbano. Para atacar al gobierno sin faltarle a la verdad hay tela marinera para cortar. Este gobierno es suficientemente malo para que le estemos inventando tonterías. No necesita ayuda.

Los peregrinos argumentos esgrimidos para justificar los excesos descritos no resisten un análisis de cinco minutos. Uno de los más socorridos, ya elevado a la categoría de mantra, es aquel que postula que “la objetividad no existe”. Esa es la licencia teórica con la cual un periodista se siente habilitado para hacer lo que le de la gana con el resto de la humanidad. El tema de la existencia de la objetividad en términos académicos es casi bizantino. Por objetividad debemos entender que las cosas hay que contarlas como suceden. Contar las cosas como suceden no es ningún ejercicio escolar, es una obligación. Lo que se desprende de ellas es otro problema. Para eso fue que se inventaron los géneros periodísticos.

Algunos se han preguntado cómo se le puede pedir neutralidad a los periodistas ante un régimen en trance de dictadura que ha secuestrado todos los poderes y que constantemente los agrede. Es otro razonamiento absolutamente infeliz. Nadie está haciendo llamamientos en favor de la neutralidad. Nadie es neutral, ni Juan Pablo II. Todo aquel que esté asistido del raciocinio tiene opiniones, desde los 7 años en adelante. Acá se ha esbozado un reclamo para rescatar el equilibrio, que es diferente. Un periodista está obligado a que, en la noticia y en el análisis, quede registrada la versión de todos los extremos que la componen. Todo periodista puede y debe tener opiniones, pero tiene que cultivar la cultura de la responsabilidad si de verdad aspira a vivir en una sociedad civilizada.

Algunos periodistas tienen alta exposición en los medios y son personalidades públicas con alto prestigio, pero no son cantantes. Deben aprender a inventariar sus errores, a reconocer cuándo se equivocan, con humildad y seriedad, porque equivocarse se vale. Por lo demás, Venezuela está lejos de vivir una democracia en el sentido estricto, pero no vive en una dictadura. En una dictadura un artículo como este no podría ser publicado. Vive, sobre todo, una situación de alta conflictividad política, y la ética no es un concepto válido sólo para cuando las cosas estén en calma.

Con frecuencia se comenta que criticar los excesos de los medios es atentar contra la libertad y hacerle el juego al chavismo, que en el fondo lo que quiere es clausurarlos. Más de uno ha llegado a sugerir "discreción" ante los excesos informativos. "Eso lo discutimos después", comentan. Ese es un razonamiento chavista. Es chavismo de oposición. Es pretender confiscar la reflexión y el comportamiento ciudadano invocando un compromiso militante. Los viejos comunistas decían que criticar los desmanes que se cometían en el área del pacto de Varsovia le hacía el juego a los intereses del Pentágono.

A todos se nos va la vida en favor de la

“

**Ni los presidentes, ni los jueces,
ni los gobernadores, ni el clero, ni
el estamento militar son intocables
en el ejercicio democrático.**

**Tampoco lo son los medios.
Todos son actores de la sociedad
indispensables que tienen una
responsabilidad pública**

”

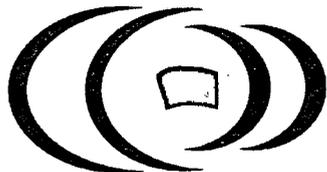
existencia y de los fines naturales de los medios de comunicación. Señalar los errores cometidos en esta coyuntura no tiene ninguna intención conspirativa. Significa emprender una depuración conceptual que

puede ser muy saludable, sobre todo si se supone que creemos en la democracia. No podemos caer en el chantaje de pensar que todo razonamiento crítico está concebido para perjudicar alguna parcialidad. Omitir esta discusión es una actitud cómoda y obediente. Eso es lo que garantiza el estado de impunidad que se vive en sociedades subdesarrolladas como ésta y es un asunto que algún día vamos a lamentar.

Ni los presidentes, ni los jueces, ni los gobernadores, ni el clero, ni el estamento militar son intocables en el ejercicio democrático. Tampoco lo son los medios. Todos son actores de la sociedad indispensables que tienen una responsabilidad pública. La rectitud en el proceder no es un asunto reservado sólo a los cargos del gobierno. Llegará el momento en el cual empresarios, animadores, locutores, periodistas, jefes de información, editores y reporteros se hagan una autocrítica, e inicien, por su propio bien, un diálogo honesto y civilizado con el resto de la sociedad sobre lo que ha pasado en este país en los últimos dos años.

Alonso Moleiro
Comunicador Social

Fundación
Centro Gumilla



Esquina de La Luneta, Edif. Centro Valores,
P.B. Apartado 4838. Telfs.: 564.9803
564.5871. Fax: 564.7557. Caracas 1010-A.
Venezuela.

TARIFAS DE SUSCRIPCIÓN REVISTA SIC

VENEZUELA

Correo ordinario	Bs. 34.000
Suscripción de apoyo	Bs. 68.000
Número suelto	Bs. 3.400

EXTRANJERO

Correo ordinario	US\$ 60
Correo aéreo América	US\$ 60
Otros países	US\$ 65

Buzones correo electrónico

- REDACCION SIC / sic@gumilla.org.ve
- REDACCION COMUNICACION / comunicacion@gumilla.org.ve
- UNIDAD DOCUMENTACION / documentacion@gumilla.org.ve
- ADMINISTRACION / administracion@gumilla.org.ve

